

Desarrollo, turismo y otium: un estudio comparado

Prof. Korstanje Maximiliano E.
Departamento de Ciencias Económicas.
Universidad de Palermo, Argentina
mkorst@palermo.edu

Introducción

La noción de *desarrollo* como han demostrado algunos autores, tiene sus orígenes en el discurso del presidente Truman el 20 de Enero de 1949. Desde ese entonces, la palabra ha adquirido un sentido específico entre los hombres: los que pertenecen a un mundo desarrollado y aquellos excluidos de éste. (Escobar, 1997) (Viola, 2000) (Esteve, 2000). También otros se han interesado por demostrar ciertas semejanzas estructurales entre el Imperio Romano y los Estados Unidos de América en cuanto a la formación de ciertas ideologías como “la globalización y la oikoumene”. (Hidalgo de la Vega, 2005) (Korstanje, 2008a)

Si bien la racionalidad economicista de los primeros defensores del “desarrollo” poco tenía que ver con la oikoumene o la “hermandad de los hombres racionales” de los antiguos (Grimal, 2002), parecen existir ciertos elementos en la práctica del ocio que funcionan como mecanismos políticos de control. El siguiente artículo (ensayo) intenta, por un lado relevar críticamente y comparar las diferentes posturas de los autores modernos con respecto al desarrollo como forma racional y moderna de ordenamiento de recursos; luego en una segunda fase, discutimos la idea de turismo como forma sustentable de desarrollo de las comunidades; mientras que una última etapa, establecemos una comparación directa entre el turismo moderno y el *otium romano* como formas (semejantes) rituales no sólo de dramatización política sino también de diferenciación social.

Sin embargo, para poder precisar el objeto de estudio, debemos presentar una definición previa de aquello que entendemos por “lo político”. A tal efecto, con Alejandro Isla, definimos lo político (cultura) como “*las prácticas y discursos verbales, expresados tanto en relaciones sociales como en campos de simbolización e*

identificación, relacionados a expresiones de poder (y por ende a formas de autoridad y jerarquía) conscientes y/o no conscientes, que se manifiestan tanto en el espacio público como en el privado” (Isla, 2005:298).

Aun cuando somos concientes de las diferencias estructurales que pueden tener la antigüedad mediterránea clásica y la modernidad, creemos que una revisión histórica de la antigüedad con respecto al ocio nos ayudará a comprender al fenómeno en su total dimensión. En consecuencia, nos hemos servido de fuentes clásicas de la época como *Anales de Cornelio Tácito, y los Doce Césares de Cayo Suetonio*.

El desarrollo y sus connotaciones

El carácter etnocéntrico de la palabra desarrollo ha sido ampliamente debatido y estudiado por Rist (1996). Es posible, que a su alrededor se haya despertado toda una serie de prejuicios y estereotipos ideológicos los cuales subyacen en marcar la diferencia entre los pueblos. Como ya observó Claude Lévi-Strauss los hombres tienen una tendencia inexpugnable a diferenciarse entre sí en la vida cultural, si logran igualar sus diferentes círculos de pertenencia en la vida biológica. (Lévi-Strauss, 2003)

Por otro lado, se torna interesante la idea de pensar al placer como una forma de desarrollo la cual a su vez coadyuve en reforzar ciertas diferencias pre-existentes. Como bien criticaron Esteva (2000) y Escobar (1997) el desarrollo supone el mejoramiento de ciertas pautas o situaciones dadas por medio de la intervención y/o ayuda económica. Esto supondría que un grupo puede mejorar su formación, su nivel económico, su forma de vida sólo si aceptara la ayuda de los países llamados “desarrollados”.

Así, esta “utopía” no sólo despertó muchos adeptos sino que pronto vio o (mejor dicho) demostró su lado oscuro (Esteva, 2000). Lo que se conoce como la etapa del “Estado de Bienestar” intenta quebrar un proceso de acumulación ininterrumpida para propugnar por una mayor redistribución del ingreso; y en ese sentido, no es nada extraño que el “termino bienestar” esté presente en la mayoría de los discursos políticos tanto en los países que buscan el desarrollo como aquellos que pretenden enseñarles

como obtenerlo. Al respecto, Cardarelli y Rosenfeld (1998:70) advierten “*en este marco, las tensiones que aparecen más fuertes y condicionantes de la participación social en los tiempos de la democracia son: eficiencia – equidad, crecimiento – empleo e inclusión-exclusión.*”

No obstante, ni el desarrollo, ni la democracia, como así tampoco la participación, los préstamos financieros y los ajustes económicos pudieron paliar las graves crisis que han enfrentado los países periféricos en su constante peregrinación hacia “la meca del desarrollo”; ya no cuestionando la misma idea de “desarrollo” sino convirtiéndola en una forma ideológica de poder. (Escobar, 1997)

La planificación como institución racional debería (entonces) asegurar un correcto desenvolvimiento y concreción de las estrategias a seguir. De esta manera, según Esteva se extiende a todo el mundo (en forma de conquista ideológica en el mejor sentido marxiano) la noción de escasez. A tal efecto, la vida social se centraría exclusivamente en la “piedra angular de la escasez”. En resumidas cuentas y según el autor, se parte del supuesto de que los deseos del hombre son elevados en comparación a sus recursos; por tal motivo, la planificación estratégica lo ayuda a organizar racionalmente sus recursos para cumplimentar sus expectativas. Se parte, así de una visión mutilada de la naturaleza humana la cual lo subordina al orden económico vigente. El discurso de Truman marca un antes y un después no sólo en la cuestión del desarrollo sino la incursión de los Estados Unidos en la escena política mundial.

En esta misma línea, Corbalán (2004) marca el hito de la hegemonía estadounidense entre las décadas de 1980 y 1990. En ese lapso, los Estados Unidos cambiaron el eje discursivo de la “conquista”. La racionalidad como modelo de distinción dio origen, en su lugar, al concepto de “governabilidad”. Los especialistas, para ser más exactos los trilateralistas, propugnaron abolir la lógica intervencionista del Estado y sustituirla por la del “libre mercado”. La progresiva pérdida de hegemonía de los Estados Unidos luego de la irrupción cubana, la liberación de África, y los movimientos independentistas en el medio oriente, conllevó a un cambio de dirección

en plan de control. El disciplinamiento, a diferencia del colonialismo, no se hacía sobre la población por medio de la coacción sino por medio de las fuerzas de trabajo.

En este sentido, tanto los organismos de préstamo internacional como el Banco Mundial, enviaban a sus asesores (expertos) a aquellos Estados que solicitaban (o no) una ayuda financiera y los “guiaban” en materia de “reformas estructurales”. Todos estos cursos de acción combinados lograron (temporalmente) aplacar los ánimos de ciertos regionalismos o movimientos nacionalistas locales. (Corbalán, 2004)

Sin embargo, aun cuando concordemos en cuanto a la naturaleza política del desarrollo y/o de la asistencia financiera como formas específicas de control político o dominación; esto no resuelve el vínculo de estos elementos con el turismo. ¿Es el turismo una forma de dominación moderna también?.

El Turismo como forma de Desarrollo

En los últimos treinta años, el turismo ha pasado a formar parte de la economía mundial como una de las actividades más “prometedoras”. Si bien por su naturaleza posee ciertas sensibilidades hacia los estímulos hostiles del medio (como ser catástrofes o conflictos), se ha sabido ubicar en la mayoría de las culturas del globo. Entre los mecanismos que han ayudado a su consolidación podemos citar brevemente a los siguientes factores: a) una alta tecnificación capitalista que mejoró las formas de transporte, b) la reducción de las horas laborales lo cual dio mayor tiempo de ocio, c) un aumento salarial acorde en ciertas sociedades “desarrolladas”. (Schluter, 2003) (Katchikian, 2000) (Cooper, 1992) (Munné, 1999) (Getino, 2002) (Wallingre, 2007) (Korstanje, 2007a).

En este contexto, Korstanje (2007a) sostiene que existe una diferencia sustancial entre el turismo como fenómeno moderno y cualquier otro viaje o práctica de ocio utilizada en el pasado como pueden ser los *ludii gladiatorii*. Sin embargo, en las últimas décadas el turismo se ha perfilado como un supuesto instrumento capaz de sacar a los

países del estado de pobreza en el cual se encontraban; y también como en el caso del desarrollo no tardaron quienes criticaron esta postura por su falta de resultados.

Por su lado, De Kadt cuestionó seriamente las bases del desarrollo turístico como una forma de mejoramiento en la calidad de vida de aquellos pueblos que incursionaban por primera vez en este rubro. En concordancia, con la tesis de la periferia, de Kadt sostiene que en aquellos países los cuales han tenido un pasado de subyugamiento y dominación colonialista, tendrán menores posibilidades de experimentar “el desarrollo turístico” en forma positiva; en comparación con aquellos quienes no experimentaron ningún lazo de dominación. (Kadt, 1992)

Para el caso de Turner y Ash, el turismo era simplemente una forma más de dominación ideológica capitalista. Los grandes centros de acumulación del capital, se conformaban como los centros emisores de turistas e inversionistas, quienes a su paso hacían uso del consumo como su principal característica. Los países “no desarrollados” sólo cumplían un rol pasivo en albergar a estas verdaderas “hordas doradas” (turistas) las cuales agotaban todo recurso disponible a su alrededor. (Turner y Ash, 1975) (Jiménez Guzmán, 1986)

Esta postura (corriente) crítica dio como origen la noción de Turismo Sustentable, el cual a diferencia de su predecesor (el turismo convencional) tenía como objetivo el cuidado del medio ambiente, y el desarrollo de la población anfitriona. La planificación (como instrumento de la racionalidad humana) sería capaz de organizar y articular los diferentes componentes del sistema turístico para paliar las consecuencias negativas del mismo. (Acerenza, 1991) (Boullon, 1985) (Schluter, 2003) (Jafari, 2005)

En la actualidad, diversos investigadores y reconocidos académicos recomiendan al turismo como forma segura y sostenida de generar riqueza, participación social, endocrecimiento, la revalorización o rescate cultura, y el desarrollo de ciertas localidades o sitios que no poseen una infraestructura industrial previa (Vitry, 2003) (Dos Santos y Antonini, 2004) (Silva Santo, 2003) (Toselli, 2006).

Con la *antropología del desarrollo* puede considerarse la hipótesis que la hegemonía de los Estados Unidos se ubica a mediados del siglo XX con los primeros discursos sobre ayuda económica para los países “del tercer mundo” y se ha consolidado (posteriormente) con la tesis trilateralista de los préstamos de los organismos financieros internacionales sobre ciertos Estados solicitantes. A ello se agrega, la conformación del Turismo (dentro de otras muchas industrias o actividades) como un fenómeno económico o instrumento de “desarrollo”; recomendando por los “expertos” y instituciones de ayuda financiera funcionales al poder estadounidense y europeo.

Sin embargo, una posición revisionista sobre el tema sugiere que el problema parece ser anterior a la “hegemonía de los pueblos anglo-sajones”. Para ser más precisos, los textos clásicos nos dan una pista sobre la influencia del Imperio Romano en la institución de “la razón” como el elemento discursivo central (ordenador del mundo) marcando el límite de la igualdad y diferencia entre los pueblos. En este sentido, consideramos oportuno establecer (en la próxima sección) las semejanzas y diferencias entre *el otium romano* y *el turismo moderno*.

El Turismo y el Otium

Desde un prisma metodológico, comparar al turismo moderno con el ocio antiguo sería un grave error, desde el momento en que ambos elementos pertenecen a categorías analíticas distintas. Por un lado, el turismo es sólo una forma (de otras muchas) de ocio moderno, mientras que el *otium* puede comprenderse como la adaptación de la noción griega *schkóle*, excluida de sus significaciones filosóficas. (Munné, 1999)

El *otium* para los romanos (y así para gran parte del imperio) se distinguía de la *ocupatio*; por aquella época el ciudadano podía emplear su “tiempo libre” en diversos quehaceres los cuales iban desde la caza o la pesca (privado) hasta asistir a un evento promocionado por el emperador (público) (Jiménez Guzmán, 1986:25). En forma sumariada, cada evento tomaba formas sociales y estructurales específicas: la caza y la

pesca, los banquetes, algunos viajes, las termas, los baños, los ludii gladiatori, las carreras, la poesía, el teatro y la bien conocida siesta; todas estas formas guardaban diferentes significaciones sagradas (Veyne, 1985) (Robert, 1992) (Paoli, 2007).

A medida que el Imperio crecía, las rígidas costumbres de Catón fueron haciéndose más laxas; ciertas interpretaciones sesgadas de las doctrinas de Epicuro (combinadas con la filosofía estoica) fueron conformando al otium como un mecanismo de distinción social y sensibilidad hedonista (Korstanje, 2008b). Ahora bien, aun cuando algunos estratos como los esclavos no podían gozar de los beneficios del otium, sí tenían su tiempo libre o de descanso el cual utilizaban paseando por las calles de Roma o consumiendo vino en “las temibles” Tabernas (Robert, 1992). Otra diferencia radica en que el turismo moderno se encuentra unido por definición al desplazamiento geográfico y/o viaje dentro de un marco temporal y estructural específico; aspecto por el cual se lo distingue de la migración u otros desplazamientos voluntarios.¹

Por otro lado, en el otium, como en cualquier otro ritual, existía una devoción hacia una deidad en particular; así las fiestas y los banquetes se ofrecían en honor a Baco, Saturno o Júpiter mientras que también los ludii gradiatori recordaban una y otra vez, el control técnico y material de Roma sobre la naturaleza y sobre los otros pueblos; en efecto, la ociosidad adquiría cierta obligación y responsabilidad para con los dioses. No asistir a las “fiestas bacanales” o a las “saturnalias” podía ser un acto de libre elección, de no ser por los temidos castigos se creía tanto Saturno como Baco podían ejercer en los negocios (Robert, 1992) (Paoli, 2007). Esta perspectiva última, separa en gran medida al otium (semi-voluntario) de las formas actuales que adquiere el turismo como actividad comercial.

Sin embargo, al margen de sus diferencias (sustanciales en algunos puntos) tanto *turismo* como *otium* podrían compararse teniendo en cuenta que ambos tenían a la *razón* como el elemento principal de evolución y jerarquía entre los hombres. Por lo tanto, el

¹ La definición de la Organización Mundial de Turismo define a fenómeno como “*toda actividad de individuos que viajan y permanece en lugares fuera de su ámbito de residencia por motivos de ocio, negocios u otros propósitos por más de 24 horas pero menos de 1 año*”.

otium al igual que el turismo no sólo funcionan como un reforzador (o desinhibidor) de los roles objetivados en la vida cotidiana dentro del propio grupo, sino además recuerdan a los hombres ciertas “premisas” básicas para el funcionamiento de su sociedad tales como: a) una jerarquía necesaria para distinguir a los hombres entre sí dentro del endo-grupo, b) ciertos factores escénicos y de dramatización los cuales refuerzan el orden social pre-existente, c) la existencia de utopías y tópicos ideales como formas de dominación y control políticos, d) una diferencia y/o igualdad entre el endo y el exo-grupo con la aplicación (planificación) racional como criterio selector y e) la existencia de lazos identitarios y de solidaridad que mantienen la cohesión grupal.

El otium como clasificador jerárquico

La mitología latina se ha regido por la fórmula muy simple: “*te doy para que me des*”. Esta forma de concebir a sus dioses, los ha transformado en uno de los Imperios más importantes de la historia de la humanidad. Sin embargo, este crecimiento trajo a la vida cotidiana de Roma diversos cambios de gran impacto. El apego por la tierra y el trabajo comenzaron a ser mal vistos por ciertos grupos, dando origen a lo que Thorstein Veblen denominó una clase ociosa. (Veblen, 1974).

La nueva situación ameritaba nuevas costumbres y el ocio (otium) se convirtió rápidamente en una forma ritual en donde las contradicciones o tensiones estructurales quedaban atrás; por tal motivo no es extraño observar las grandes sumas de dinero ofrecidas por “los patricios o los emperadores” para celebrar festines, o juegos públicos en honor al pueblo. La ostentación pasó a ser uno de los principales criterios distintivos de la elite romana. (Jiménez Sánchez, 1998) (Solá, 2004) (Kaerst, 1929) (Carcopino, 1956) (Robert, 1992) (Zanker, 1992) (Paoli, 2007).

Según Suetonio, el emperador Nerón llegó a gastar sólo para Tíridates unos ochocientos mil sestercios al día. “*Al músico Menécrato y al gladiador Spículo les regaló muchos patrimonios... celebró funerales casi regios por el usurero Cercopiteco Panerota, al que había enriquecido con espléndidas propiedades en el campo ... jamás se puso dos veces el mismo traje. Pescaba con una red dorada, cuyas mayas eran de*

púrpura y escarlata. Se asegura que nunca viajaba con menos de mil carruajes, que sus mulas llevaban herraduras de plata y que sus muleros vestían hermosa lana de Camusa” (Suetonio, Nerón, XXXI)

La sociedad romana estaba fundada alrededor de ciertos valores que sostenían su estructura social como por ejemplo la negociación y la adulación. El romano medio, sin poder y sin riquezas, para sobrevivir debía tejer una estratégica red de relaciones y alianzas. Muchas veces, intercambiando familiares en matrimonio para garantizar la paz, en otras por medio de la adulación y la amistad. Cada día por la mañana, el cliente (siervo) abrazaba las rodillas de su amo besándole las manos y el pecho como símbolo de lealtad. (Mehesz, 2003)

La imitación de aquellos sin estatus para con “la elite patricia”, era una de las formas de mantener el orden institucional. Las modas y dentro de ella, los cortes de cabello tenían una estrecha relación con las prácticas de los emperadores. Así, cuando Adriano (por motivos personales) vestía “barba” está se impuso sucintamente a todo el Imperio. Hasta antes de Adriano, el hecho de llevar “barba” no era bien visto por las costumbres romanas (Paoli, 2007:169-174). Tampoco es lejana la idea de que Nerón, Domiciano o Calígula se hayan esmerado por tomar protagonismo en las fiestas públicas; Nerón César era comúnmente aplaudido en sus presentaciones líricas o poéticas; como así también en sus bochornosas participaciones en las carreras de caballos. A tal punto, la búsqueda de los gobernantes por la legitimación, los llevaba a verse también rodeados de héroes, guerreros, y eruditos filósofos en sus apariciones públicas. En perspectivas antagónicas, la erudición y la destreza física parecían valores culturales que inspiraban “respeto” en la Roma Imperial. El papel y la presencia de los expertos, también se conformaban como estrategias de dominación política.

Así, Nerón manejaba a la perfección la lengua griega y el latín; mientras conservaba al celebre Séneca como su consejero personal. El emperador, poseía una exacerbada admiración por la cultura griega. Con motivo de una reunión, uno de los comensales adulándole pidió que los deleitara con su prodigioso canto, Nerón respondió que “*sólo los griegos sabían escuchar y eran dignos de su voz*”. (Suetonio, Nerón,

XIII). Es así que como actor en las tragedias griegas, Nerón representó a *Edipo*, *Hércules*, *Orestes* y *Canacea*. (Suetonio, Nerón, XVIII-XXV) ²

Dentro de un contexto en donde los lazos sociales se hallaban vinculados a la jerarquía, el control, la riqueza material y el poder; las “fiestas saturnalias” se convertían en verdaderos espacios rituales en donde los siervos se transformaban en amos, y los amos en siervos. Durante un lapso de tiempo, circulaban regalos por todas las ciudades y los esclavos parodiaban las actitudes de sus dueños (Solá, 2004). De esta misma forma, las arenas, los teatros y los baños se transformaban en verdaderos espacios de legitimación social, pero también de conflicto y disputa.

En ocasiones, si alguien intentaba un “golpe” hacia el poder político o si dos grupos se encontraban en pugna, quizás un anfiteatro o un circo eran los lugares perfectos para comenzar una revuelta. Cuenta Suetonio, como en épocas de Domiciano un hombre que increpó públicamente al emperador en el Circo diciendo que un Tracio podía luchar contra un Mirmilón, fue obligado a combatir en la arena contra dos perros con un cartel que decía “*defensor de los tracios, impío en su palabras*” (Suetonio, Flavio, X).

El mismismo Octavio, dio con una gran manifestación súbita cuando “*confiando L Antonio por este tiempo en el consulado de que estaba investido y en el poder de su hermano, quiso suscitar disturbios ... Ocurrió, en efecto, que en un espectáculo, un simple soldado tomó asiento en uno de los bancos de los caballeros; el hizo él arrojar por medio de un aparitor, y pocos momentos después sus enemigos difundieron el rumor de que le había hecho morir en los tormentos, faltando muy poco para que apareciese Octavio bajo los golpes de la turba militar que había acudido indignada, y sólo el presentar sano y salvo al que se decía muerto pudo salvarle entonces de la muerte*” (Suetonio, Augusto, XIV)

² “*Nada pudo apartarle ni distraerle de este género de placer, y habiéndole informado su liberto Helio que los asuntos de Roma requerían su presencia allí, contestó: en vano me escribes queriendo que regrese prontamente; mejor es desees que vuelva digno de Nerón. No estaba permitido cuando cantaba abandonar el teatro, ni siquiera por las más imperiosas necesidades; así algunas mujeres dieron a luz en el espectáculo y muchos espectadores, cansados de oír y aplaudir, saltaron furtivamente por encima de las murallas de la ciudad*”. (Suetonio, Nerón, XXIII)

En efecto, el otium más allá de su carácter lúdico, placentero y vinculante tenía características políticas y de competencia; ya sea por motivos particulares o intereses que eran expresados hacia el emperador; o por cuestiones de legitimidad de los gobernantes para con sus gobernados. En este punto, los juegos públicos al igual que otras formas de otium como el teatro y la literatura se convertían en verdaderos espacios de dramatización y/o transacción de poder.

La dramatización del otium en la vida pública

Desde una perspectiva escénica, los ludi o juegos públicos adquirirían sentido y una simbolización específica formando verdaderos procesos de control social. Por lo general, aquellos que peleaban en la arena eran considerados “enemigos” de Roma; la mayoría participaban acusados por crímenes contra la vida de algún ciudadano o en su defecto contra la moral colectiva.

No ha sido extraño que Nerón César tras el incendio del 64 DC culpara a una secta semi-desconocida como los “cristianos” y los dejara morir devorados por las bestias en esta clase de eventos. Rápidamente, esta idea fue promovida a todos los sectores de la sociedad quienes no tardaron en dirigir (de alguna u otra manera) su desprecio hacia este grupo de baja reputación. En ocasiones, los cristianos eran sacrificados por los gladiadores, los pretorianos o comidos vivos por las fieras. Las persecuciones hacia este grupo fueron de tal envergadura que se extendieron por todo el imperio incluyendo las provincias o colonias. (Gibbon, 1776-88)

Para una mejor comprensión del fenómeno, es necesario mencionar que las autoridades romanas tenían la facultad de nombrar a cierto grupo o individuo bajo el mote de “enemigos del pueblo”. A tal suerte, los “estigmatizados” eran perseguidos, capturados y ajusticiados en forma histriónica; lo cual explica la pasión que sentían los ciudadanos por las ejecuciones masivas. Este tipo de entretenimiento o forma de ocio servía además como mecanismo de disuasión para todos aquellos que atentaran (de alguna u otra manera) contra los intereses del poder político (imperial). Los actores

(gladiadores) involucrados en las contiendas tenían un rol o papel, cuyo nombre evocaba y ostentaba “la gloria de Roma”; ora por algún triunfo o derrota militar como también por algún acto heroico o memorable. Asimismo, había ocasiones que los juegos conmemoraban la muerte de algún personaje célebre. (Robert, 1992) (Paoli, 2007)

Las batallas, los triunfos militares y las derrotas eran recordados y dramatizados por medio de los juegos y/o los desfiles públicos. Cayo Suetonio nos recuerda la popularidad ganada para sí de Julio César que siendo edil organizó juegos, cacerías y combate de gladiadores. Los organizadores de esta clase de espectáculos adquirirían cierto respeto y prestigio dentro de la sociedad romana. Este tipo de actos, despertaban el apoyo popular y en ocasiones eran fomentados y mantenidos por razones políticas y/o económicas. Una análoga medida tomó César tras la muerte de su hija Julia organizando luchas y festines en su honor cuyo costo ascendía a la suma de cien mil sestercios. (Suetonio, César, X)

Tras las graves derrotas de las tropas de Augusto en territorio de Germania, para ser más precisos en las batallas de *Lolio* y *Varo* en donde se pasaron a cuchillo a tres “legiones” de soldados incluyendo generales y legados, el emperador organizó grandes juegos en tributo a Júpiter para que velara por el futuro y la seguridad de Roma. Habría de ser tal la desazón de Augusto, confirma Suetonio “*que se dejó crecer la barba y los cabellos durante muchos meses, golpeándose a veces la cabeza contra las paredes, y exclamando Quintilio Varo, devuélveme mis legiones. Los aniversarios de este desastre fueron siempre para él tristes y lúgubres jornadas*” (Suetonio, Augusto, XXIII). El hecho de organizar un evento público a un dios, para rememorar una “desgracia” o dolor garantizaba que ésta deidad hiciera todo lo que a su alcance estuviera, para que no volviera a ocurrir.

Con respecto a la función de los *ludi* o juegos en la vida política de la Roma Imperial y sobre todo en la figura del emperador en una de las tesis doctorales más brillantes sobre el tema, Jiménez Sánchez concluye:

“Es significativo observar cómo el incremento en el número de días de juegos en el calendario lúdico coincidió con el aumento del poder imperial. Esto no puede ser algo casual. Los nuevos juegos correspondían mayormente a las celebraciones imperiales; es decir, a fiestas destinadas a exaltar los éxitos del soberano así como sus aniversarios y otros acontecimientos relacionados con su familia. Tal cosa convertía a los juegos en algo más que un mero instrumento de entretenimiento popular. En efecto, los ludi no fueron únicamente un arma de control político sino también un garantizado medio de propaganda. Para ellos se elaboró una compleja teología de la victoria imperial según la cual el emperador era el triunfador perpetuo. Esto se expresaba en el motivo de la fiesta que había reunido al pueblo en el circo – una celebración imperial o de una divinidad asociada en algún modo a la figura del soberano –, a través de una compleja simbología – en la que el emperador era asimilado con el sol que regía el cosmos-, y de las aclamaciones que exaltaban al monarca como el vencedor eterno. Los juegos, por tanto, no sólo evidenciaban la generosidad del emperador sino también su poder y lo imprescindible de su figura dentro de la maquinaria del Estado” (Jiménez Sánchez, 1998:615)

El punto central que caracterizaba al otium como forma de dramatización, se encuentra en la manipulación de la imagen que buscaban los propios Cesares. Octavio-Augusto por ejemplo, propugnaba una rígida moral mientras paradójicamente participaba en fiestas prohibidas. Mientras fomentaba costumbres vinculadas al recato, Octavio practicaba el exceso en su intimidad. En forma elocuente, Suetonio nos cuenta que muchas familias de notables entre ellos Octavio Augusto festejaban en forma secreta *“el banquete de las doce divinidades”*, en el cual los invitados se disfrazaban de dioses y diosas dando lugar de esta forma a verdaderas orgías en donde circulaban los alimentos, vino y excesos de todo tipo. En épocas de escasez esta clase de fiestas se llevaban a cabo en forma encubierta y solapada ya que eran muy mal vistas por los sectores populares. (Suetonio, Augusto, LXX) ³

³ Era elección frecuente de Octavio elegir el traje de Febo/Apolo en esta clase de fiestas. En una de las cartas privadas de Marco Antonio se observa una fuerte crítica a este tipo de eventos *“cum, primum istorum conduxit nesa coragun, Sexque deso vidit Mallia, sexque deas: Impia dum phoebe Caesar mendacia ludit, Dum nova divorum coenat dulteria: Omnia se a terris tunc numina declinarunt, Fugit et auratos Juppiter ipse thronos”* En traducción significa *“Desde que esta reunión sacrílega hubo contratado al maestro del coro, Malia vio seis dioses y seis diosas cuando César, en su impiedad, osó*

Las “atrocidades” cometidas por Tiberio, también correspondían a prácticas ocultas mientras en la publicidad, el Emperador se presentaba con una personalidad mesurada. Las torturas y los suplicios a sus enemigos fueron llevadas a cabo (casi con placer) según la perspectiva de Suetonio señala; *“existen muchas pruebas de que en medio de tantos horrores fue odiado y execrado universalmente, y también de que le persiguieron los terrores del crimen y los ultrajes de algunos hombres”*. (Suetonio, Tiberio, LXIII)

En una de sus cartas dirigidas al Senado, Tiberio comenzaba su defensa de la siguiente manera *“¿Qué os escribiré, padres conscriptos, o cómo debo escribiros, o qué no os escribiré en la situación en que me encuentro?. Si lo sé, que los dioses o diosas me hayan perecer con muerte más miserable de la que me siento morir todos los días”* (Suetonio, Tiberio, LXVI)

Asimismo, el ocio también se constituía como una forma identitaria para los romanos. La posibilidad de ejercerlo, marcaba una pertenencia y/o la posesión de una ciudadanía y el uso de la razón como mecanismo distintivo del extranjero. Como bien sostiene Grimal, el estereotipo de “bárbaro” era otorgado a todos los extranjeros, aunque no sobre todos caía el mote de “incivilizado” (Grimal, 2002). El profesor Jean Marie Robert nos explica que para el apogeo del Imperio, los ciudadanos empobrecidos preferían seguir habitando en las suntuosas ciudades y disfrutar de los juegos que retornar a las provincias conquistadas o a sus pueblos de origen. (Robert, 1992)

En este sentido, la civilidad comprendía la posibilidad de ejercer razón por medio de diferentes manifestaciones como ser el comercio. Los pueblos o tribus que se iniciaban en el comercio con Roma perdían lentamente su “incivilidad”; claro que esta ideología pronto permitió a los romanos tomar una rápida presencia militar en los lugares donde había metales preciosos o cobre, extraerlos y comercializarlos en sus grandes urbes, mientras que a la vez importaban de ellas sus “estilos de vida”, sedas,

parodiar a Febo, cuando agasajó a sus invitados renovando los adulterios de los dioses. Entonces todas las divinidades se alejaron de la tierra y el mismo Júpiter huyó lejos de su trono de oro” (Suetonio, Augusto LXX, p.96)

vestimentas, formas de juego, ocio y otros bienes previamente elaborados. (Blázquez, 1989) (Korstanje, 2008c)

El otium y la identidad romana

Desde el punto de vista administrativo, la organización territorial de Roma se llevó a cabo por provincias. Estas a su vez, se dividían en senatoriales e imperiales. Cada gobernador, dependiendo del tipo de provincia tenía funciones especiales que iban desde la recaudación impositiva hasta el cuidado de los intereses financieros del senado en la región. Para el año 177 DC el Imperio se componía de 53 provincias entre ellas: Aegyptus, Baetica, Lusitania, Narbonensis, Aquitania, Bélgica, Britania, Germania (inferior/superior), Corsica, Dacia, Tracia, Armenia, Rhaetia, Pomphylia, Africa, Macedonia, Asia, Arabia Petraca, Dalmatia, Pannonia, Pontus, Judaea, Lycia, Alpes y Lugdundensis entre otras. Algunas provincias formaban regiones tal es el caso de Hispania, Britania, Germania y Galia todas ubicadas en la actual Europa.

Sin embargo, como sostiene Tácito existían diversas rebeliones y focos en todas ellas, que los romanos debían sofocar constantemente. Recuerda el biógrafo romano que para la ascensión de Tiberio una revuelta se generó en Panonia como forma de protesta dentro de las mismas legiones romanas, *“este era el estado de las cosas en la Ciudad, cuando surgió un motín en las legiones de Panonia; no hubo ninguna causa nueva excepto que el cambio de príncipe daba pie a los desmanes de la tropa y a su esperanza en algunas recompensas como las que suelen seguir a una guerra civil. En el campamento de verano estaban juntas tres legiones a las órdenes de Junio Bleso, quien, al enterarse del final de Augusto y de los comienzos de Tiberio, en señal de luto o tal vez de alegría, había suspendido las tareas habituales. A partir de entonces, comenzaron los soldados a relajarse, a estar divididos, a prestar oídos a las palabras de los peores y, en fin, a buscar el desorden y la inactividad despreciando la disciplina y el esfuerzo. Había en el campamento un tal Percennio, antiguo director de obras teatrales y luego soldado raso, procaz en la expresión y experto en alborotar las reuniones con sus dotes histriónicas”* (Tácito, I, 16)

A grandes rasgos, todo parecía indicar que a pesar de los esfuerzos ideológicos del Imperio por tildar a los pueblos “dominados” de bárbaros, incivilizados e inducirlos a las prácticas del comercio, no era suficiente para mantener la estabilidad institucional; ya que siquiera podían garantizar la estabilidad emocional de sus propias tropas. Fue así, que paulatinamente el otium comenzó a ser exportado a las provincias como una forma social de otorgar identidad al romano y al bárbaro. El profesor José María Blázquez, ha identificado en Hispania una alta “romanización” en aquellas provincias ricas en minerales y metales como Bética, mientras en Lusitania o Germania el poder político y administrativo parecía ausente. A la vez, que se mejoraban los caminos para lograr rápida comunicación entre Roma y sus metrópolis, se iba incrementando el comercio entre los pueblos “pacificados” y el Imperio. Este proceso fue en parte tan exitoso, que muchos españoles engrosaron los batallones romanos para pelear en lugares remotos como Germania o Britannia. A cambio se otorgaban, títulos, tierras y la codiciada “ciudadanía romana” (Blázquez, 1989) (Korstanje, 2008c).

Específicamente podemos afirmar que Hispania poseía más de una veintena de teatros destinados a espectáculos como el de Emerita (Lusitania) con capacidad para 5.500 espectadores y unos 86.63 metros de diámetro, con 13 puertas de ingreso, y dos para la orquesta. En Bética se observan teatros en Belo, Casas de la Regina, Antequera, Córdoba, Sevilla, Astigi e Itálica. En Tarraconense, se construyó un teatro en la ladera de la montaña alcanzando los 85.99 metros de diámetro; otros ejemplares, se observan también en Barcelona. (Blázquez, 1989:393)

Al igual que en las ciudades itálicas, el lujo y la ostentación como formas alternativas de crear identidad, también estaban presentes en las ciudades romanizadas en Hispania. Esto era un signo inequívoco para los “bárbaros” de los beneficios y aspectos positivos que implicaba ser aliado de Roma. En este sentido, la mejor propaganda para mantener “la pax institucional” era el consumo y la ostentación como formas de “progreso”.

En concordancia con lo expuesto, José María Blázquez señala *“el lujo de las casas era grande, como se desprende de la narración de los diversos historiadores,*

referente al paseo triunfal, a través de la Bética, efectuado por Metelo durante la guerra sertoriana; attalicis aulaeis, escribirá Valerio Máximo, y aludirá a la existencia de estatuas y de representaciones escénicas en un pasaje que recuerda muy de cerca un párrafo de Petronio: exomatis aedibus per aulaza et insignia scenisque ... Salustio también ofrece una nota verdaderamente importante sobre el grado de refinamiento alcanzado por los romanos en la Bética.” (Blázquez, 1989:21)

En aquellos contextos, como en algunas zonas de Germania y Lusitania, donde la romanización fallaba, se creaban una serie de “estereotipos” sociales relacionados con el salvajismo y la inhumanidad como formas de exclusión y conformación de la propia identidad. Estas “marcaciones” justificaban las políticas militares seguidas por Roma en las regiones rebeldes y/o las apropiaciones (abusos) que debían justificar frente a los senadores o pretores. Por ejemplo, las derrotas en Varo o el saqueo de Roma por una tribu de galos senones fueron dos eventos (aunque en distintas épocas) marcaron la historia de Roma y su forma de concebir la alteridad; y a la vez legitimaron la identidad romana como forma opuesta a estas tribus.

Esta hipótesis es respaldada por la exposición pública hecha por César a Vercingetorix tras haber sido derrotado en Galia. Este caudillo galo, fue encadenado, llevado a Roma y expuesto públicamente para luego ser asesinado como forma aleccionadora; además de “vengado el honor de Roma” tras el saqueo cometido por los galos entre el 390 y 387 AC; claro que entre éste último y la rebelión de Vercingetorix había algunos siglos de diferencia (59 AC). (Grimal, 2002)

Era costumbre que luego de una campaña militar exitosa, el caudillo involucrado hiciera una entrada triunfante con los botines de guerra, los prisioneros y su ejército. El *pomerium* era una línea sagrada que separaba el mundo bárbaro de la civilización romana. Al pasar por la puerta de triunfo, el ejército atravesaba inexorablemente esta línea. Encolumnados directo hacia *El Capitolio* marchaban las tropas romanas, y una vez llegados al lugar, se llevaban a cabo diversos rituales y sacrificios para liberar de culpa a los sobrevivientes del combate. (Solá, 2004:255)

Según las ideas romanas, los demonios acechaban activamente a aquellos que tenían éxito, por ese motivo no era difícil observar diversos ritos de purificación en las fiestas del Triunfo. Por detrás del caudillo se ubicaba un esclavo que recordaba todo el tiempo al triunfador “recuerda que eres un hombre”. En este sentido, no sólo los soldados sino también el pueblo reunido para este evento, podían y de hecho estaban autorizados a satirizar y burlarse del triunfador. (ibid: 256)

En el 46 AC, *Caius Julius César* llevó a cabo una celebración con motivo de sus victorias en Galia, Egipto y África durante el lapso de diez días. Predominaron los obsequios de cereales, denarios y aceites. También se llevó a cabo un banquete para 22.000 mesas. Para cuidar a César de las envidias de ciertos demonios, los reunidos lo burlaron llamándolo “*amante de un rey de Asia Menor de nombre Nicomedes*”. El líder militar no sólo que estaba preparado para tal broma sino que no tuvo otra opción más que aceptarla. (ibid: 256)

La tensión existente entre poder y la humildad era evidente en la antigua Roma. Particularmente, si bien por un lado este tipo de fiestas eran llevadas a cabo con un fin específico: resaltar la “soberbia” militar de Roma, por el otro servían (además) para recordar los límites de ese poder. De esta forma, ambos elementos se conjugaban para lograr una exitosa “romanización”; este proceso se llevaba a cabo por medio de las estructuras políticas, las fuerzas militares, la economía y determinados procesos ideológicos.

En este sentido, según hemos ya mencionado, el otium poseía tres características principales: a) reforzaba el orden jerárquico de la sociedad romana y garantizaba su institucionalidad, b) expresaban onírica y dramáticamente la superioridad de Roma sobre el mundo conocido, y c) creaba verdaderos lazos de identidad en los pueblos que conformaban “imperium”.

En esta misma línea, la comprensión de las dinámicas que subyacen tras el otium en la antigüedad clásica, ayudan a comprender la función del *turismo moderno* creando cierta hegemonía; marcando y demarcando (también) las diferencias (limes) entre las

normas de civilidad (como mecanismos de expresión de la razón y la planificación), el desarrollo como proceso evolutivo y mecanismo de hegemonía, y el placer de los considerados “socialmente iguales”. El miedo que sentía un romano tras cruzar (en sus viajes) los límites conocidos e impuestos por el Imperio, no es muy diferente de aquel que siente un turista estadounidense cuando debe ingresar al “mundo islámico”.

Esta última hipótesis explicaría, en parte, los motivos por los cuales los turistólogos (o investigadores) parecen olvidar que cada pueblo conserva una forma de “ocio” propia a su cultura, la cual además invita a ser estudiada y analizada. En contraposición a ello, los académicos se esmeran por demostrar como *el turismo* puede convertirse en un instrumento capaz de mejorar el estado y estilo de vida de los llamados “pueblos indígenas”. A esta rama del estudio del turismo, se lo ha denominado “etno-turismo”.

La idea de pensar que hay un “etno-turismo o un turismo cultural” tiene dos problemas básicos: el primero radica en olvidar que ni la hospitalidad, ni el desarrollo, mucho menos la “etnia” son principios universales (in facto esse) aplicables al común de la humanidad; sino en su defecto exclusivos de occidente (Briones, 1989) (Pagden, 1997) (Korstanje, 2007b) (Korstanje, 2008d). El segundo problema, es presuponer (al igual que la teoría del desarrollo) que mediante el uso planificado y racional de los recursos las poblaciones mejoran y suben (paralelamente) a un estadio de mayor civilidad. Si los planes de financiamiento e inversión para el turismo no prosperan, ello aduce diferencias estructurales en la cultura de los pueblos anfitriones. Por tanto, al igual que la cultura de la pobreza, la del desarrollismo considera que existen elementos aptos y no aptos para ella. Obviamente, como bien han señalado Escobar (1997) y Esteva (2000), hablar de sociedades desarrolladas (o en este caso turísticamente desarrolladas) implica referirse al resto del mundo como excluido de esa realidad.

Conclusión

Hasta el momento, hemos discutido sobre términos que comúnmente no muestran una relación académica directa como ser *el desarrollo, el turismo y el otium*;

aun cuando como hemos visto, los tres se conjugan (articuladamente) a través de la cultura política. Con la antropología del desarrollo puede considerarse la hipótesis que la hegemonía de los Estados Unidos se ubica a mediados del siglo XX con los primeros discursos sobre ayuda económica a los países tercermundistas; y reforzado (un par de décadas más tarde) por el neo-liberalismo financiero. A ello se agrega, la conformación del Turismo (dentro de otras muchas industrias o actividades) como un fenómeno económico o instrumento de “desarrollo”.

Sin embargo, una posición revisionista sobre el tema sugiere que el problema es anterior a la “hegemonía de los pueblos anglo-sajones” como suponen los antropólogos del desarrollo. Para ser más precisos, los textos clásicos nos dan una pista sobre la influencia del Imperio Romano en la institución de la razón como el elemento discursivo central (ordenador del mundo) marcando las diferentes matrices de alteridad y mismidad.

El papel de la razón como forma discursiva, tanto para el turismo como para el otium adquiere una naturaleza jerárquica, discursiva y distintiva entre los hombres. Por lo tanto, el otium -al igual que el turismo- no sólo funciona como un reforzador (o desinhibidor) de los roles objetivados en la vida cotidiana dentro del propio grupo, sino además recuerda a los hombres ciertas “premisas o categorías” básicas para el funcionamiento de su propia sociedad, tales como: a) la existencia de una jerarquía necesaria que distingue a los hombres entre sí en el endo-grupo, b) la existencia de factores escénicos y de dramatización que refuerzan el orden social pre-existente, c) la creación de utopías y tópicos ideales como formas de dominación y control políticos, d) la marcación de una diferencia y/o igualdad entre el endo y el exo-grupo con la aplicación (planificación) racional como criterio selector y e) la creación de lazos identitarios y de solidaridad los cuales se orientan a mantener la cohesión grupal.

Las formas de ocio en Roma antigua variaron acorde a las épocas y a las costumbres de cada metrópoli. Hasta aquí hemos intentado reflejar, por medio de una fuente bibliográfica de alta credibilidad la relación que los gobernantes mantenían con su pueblo, y de que manera se servían del ocio y del placer para la legitimación de su

reinado. La posibilidad de estudiar al *otium* históricamente, nos permite comparar y trazar ciertas similitudes no sólo para analizar el ocio moderno, sino también para comprender la dinámica del turismo como forma socio-política constructora de mismidad y otredad.

Referencias bibliográficas

- Acerenza, Miguel A. (1991). *Administración del turismo: conceptualización y organización*. México: Editorial Trillas
- Blázquez, José María. (1989). *Nuevos Estudios sobre la Romanización*. Madrid: Ediciones ITSMO.
- Boullon, Roberto (1985). *Planificación del Espacio Turístico*. México: Trillas.
- Briones, Claudia. (1988). *La alteridad del Cuarto mundo: una reconstrucción antropológica de la diferencia*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Cardarelli, Graciela y Rosenfeld, Mónica. (1998). *Las participaciones de la pobreza: programas y proyectos sociales*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Carcopino, Jerome. (1956). *Daily Life in Ancient Rome*. Toronto: Penguin Books.
- Cooper, Chris. (1992). *Turismo: principios y prácticas*. México: Editorial Diana.
- Corbalán, María A. (2004). "Intervención y disciplinamiento: función política de los organismos internacionales de crédito". Ciclos, año XVI, Volumen XVI. Número 27. Pp.:1-15.
- Dos Santos Correa, Roselys y Antonini Oliveira, Bianca. (2004). "La gastronomía típica de la Isla de Santa Catarina, Brasil: su identidad como atractivo para el turismo cultural". Estudios y Perspectivas en Turismo. Volumen 13. números 1 y 2. Pp.:89-110.
- Escobar, Arturo. (1997). "Antropología y Desarrollo". Revista Internacional de Ciencias Sociales. Número 154. UNESCO.
- Esteva, Gustavo. 2000. "Desarrollo". En Viola Andreu (Compilador). *Antropología del Desarrollo*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Getino, Octavio. (2002). *Turismo: entre el ocio y el neg-ocio*. Buenos Aires: Ediciones Ciccus.
- Grimal, Pierre. (2002). *El Helenismo y el Auge de Roma: el mundo mediterráneo en la edad antigua II*. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.
- Gibbon, Edward. (1776-1788) *Decline and Fall of the Roman Empire*. Chapter XVI Conduct Towards The Christians, from Nero to Constantine. Volumen 2. Disponible en www.sacred-texts.com.
- Hidalgo de la Vega, María José. (2005). "Algunas reflexiones sobre los límites del oikoumene en el Imperio Romano". Revista Gerión. Volumen 23, Número 1. pp: 271-285.
- Isla, Alejandro. (2005). "Cultura política y desarrollo: controversias en torno a un proyecto de producción comunal". En Isla, Alejandro y Colegna, Paula (comp.) *Política y Poder: en los procesos de desarrollo*. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias.
- Jafari, Jafar. (2005). "El Turismo como disciplina científica". Revista Política y Sociedad. Volumen 42, Número 1. Pp.: 39-56

- Jiménez Guzmán, Luís Fernando. (1986). *Teoría Turística: un enfoque integral del hecho social*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Jiménez Sánchez, Juan Antonio. (1998). Poder Imperial Y Espectáculos En Occidente Durante La Antigüedad Tardía. TESIS DOCTORAL DIRIGIDA POR Josep Vilella Masana. Departamento de Prehistoria, Historia Antigua Y Arqueología. Universidad de Barcelona.
http://www.tesisenxarxa.net/TESIS_UB/AVAILABLE/TDX-0220102-103830/TOL42.pdf
- Kadt, De Emanuel. (1992). *Turismo: ¿pasaporte al desarrollo?*. México: Editorial Endymion.
- Kaerst, Jullius. (1929). "Scipio Aemilianus, die Stoa und der Prinzipat". *Neue Jahrbucher fur Wiss. Und Jugendbild.* Pp: 653-675.
- Khatchikian, Miguel. (2000). *Historia del Turismo*. Lima, Universidad San Martín de Porres.
- Korstanje, Maximiliano.
- (2007a). "Aportes de los viajes a las Ciencias Sociales: un relevamiento bibliográfico para un análisis teórico". *Revista Gestión Turística*. Número 8. Universidad Austral de Chile.
 - (2007b). "Antropología de la conquista: la hospitalidad y la escuela de Salamanca". *Sincronía: revista electrónica de Estudios Culturales*. Universidad de Guadalajara, México.
 - (2008a). "Ensayo sobre las cuestiones del desarrollo y la antropología: analogías con la Roma Imperial y la Filosofía". Material inédito en procesos de publicación.
 - (2008b). "La influencia de la filosofía epicúrea en la formación del otium romano." *A Parte Rei: revista de filosofía*. Número 57. Mayo. Disponible en www.ethos.url.edu/articles. Universitat Ramon Llull, España.
 - (2008c). "El ocio como elemento de construcción identitaria y el uniculturalismo en el imperio romano". *Revista Culturales*, Número 7. Museo de la Universidad Autónoma de la Baja California, México.
 - (2008d). "Turismo Cultural: Al rescate de lo exótico". Material inédito en proceso de publicación.
- Munné, Frederic. (1999) *Psicología del tiempo Libre*. México: Editorial Trillas.
- Norval, A. J (1935). *La Industria Turística*. Traducción y presentación de Francisco Muñoz de Escalona (2007). Disponible en www.eumed.net/cursecon/libreria. Universidad de Málaga, España.
- Lévi-Strauss, Claude. (2003). *El Pensamiento Salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pagden, A. (1997). *Señores de Todo el Mundo: ideologías del imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos XVI, XVII y XVIII)*. Buenos Aires: Editorial Península.
- Paoli, Ugo Enrico (2007). *La vida cotidiana en la Antigua Roma*. Buenos Aires: Terramar Ediciones.
- Rist, Gilbert. (1996). *Le développement histoire d une croyance occidentale*. Paris : Prensa de la Fundación Nacional de Ciencias Políticas.
- Robert, Jean-Noel. (1992). *Los Placeres en Roma*. Madrid: Editorial Edaf.
- Schluter, Regina. (2003). *El Turismo en Argentina: del balneario al campo*. Buenos Aires: Centro de investigaciones y Estudios Turísticos

- Silva Santo, Luiza María. (2003). "El Quibe en la mesa bahiana: la influencia árabe en la gastronomía de Bahia, Brasil". En *Gastronomía y Turismo: cultura al plato*. Lacanau Gloria y Norrild Juana (coordinadores). Buenos Aires: CIET. Pp. 267-274.
- Solá, María Delía. (2004). *Mitología Romana*. Buenos Aires: Editorial Gradifco.
- Suetonio, Cayo. (1985). *Los Doce Césares*. Madrid: Editorial Sarpe.
- Tácito, Cornelio. (1993). *Anales*. Madrid: Editorial Alianza.
- Toselli, Claudia. (2006). "Algunas reflexiones sobre el turismo cultural". Revista Pasos: revista de turismo y patrimonio cultural. Volumen 4. Número 2. Pp: 175-182.
- Turner, Louis y Ash, John. (1975). *The Golden hordes: International Tourism and the pleasure Periphery*. Londres: Constable Edit.
- Veyne, Paul. (1985). *Histoire de la Vie Privée*. París: Editions Du Seuil.
- Viola, Andreu. (2000). "La Crisis del desarrollo y el surgimiento de la antropología del desarrollo". En *Antropología del Desarrollo*. Barcelona: Paidós.
- Vitry, Christian. (2003). "Fiesta Nacional de la Pachamama: el ritual de alimentar a la tierra". En *Gastronomía y Turismo: cultura al plato*. Lacanau Gloria y Norrild Juana (coordinadores). Buenos Aires: CIET. Pp. 227-244.
- Wallingre, Noemí. (2007). *Historia del Turismo argentino*. Buenos Aires: Ediciones Turísticas.
- Zanker, Paul. (1992). *Augusto y el poder de las imágenes*. Madrid: Editorial Alianza.